

Enzo Maqueira

HÁGASE USTED MISMO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice de contenido

Portadilla

1

2

3

4

5

6

7

8

8 ¹/₂

9

10

Hágase usted mismo

ENZO MAQUEIRA HÁGASE USTED MISMO

Maqueira, Enzo

Hágase usted mismo / Enzo Maqueira. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores, 2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-670-537-0

1. Literatura. 2. Crónicas. I. Título.

CDD A863

© 2018, Enzo Sebastián Maqueira

Todos los derechos reservados

© 2018, Tusquets Editores S.A.

Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: junio de 2018

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-987-670-537-0

«Las palabras. No quiero volver a saber de ellas.»
Adieu au langage, Jean-Luc Godard

Esa nube es un barco que se derrite. La otra, un payaso con cara de degenerado. Una torre de lanzamiento espacial. Un auto cayendo por un pozo. Y las mesetas que asoman entre los huecos parecen las huellas de un brontosaurio.

Extrañaba los cañadones, los pozos de petróleo, la tela de araña que forman los caminos sobre los cerros. Imagina las mismas figuras que cuando era chico. Eso lo tranquiliza porque es un punto de partida. Es importante tener un punto de partida cuando uno está obligado a empezar de nuevo.

La última vez que vio el desierto desde la ventanilla de un avión fue cuando el abuelo murió. Estaba seguro de que iba a volver cada año, como lo había hecho toda la vida. Sin embargo pasó el tiempo y nunca más pisó el suelo de San Benito. El pueblo donde pasó cada uno de los veranos de su infancia. La casa de los abuelos, el único lugar en el que fue feliz. Un viaje que esta vez será sólo de ida. Un cambio drástico. El regreso al origen. Quizás era necesario que todo resultara como resultó. Quizás fue mejor que las cosas salieran tan mal como salieron. Lo repite en voz baja mientras el comisario de a bordo anuncia el descenso. Lo susurra en un mantra para evitar pensar en el verdadero motivo por el que debió escaparse a la Patagonia.

Y ahora ese mar azul que no existe en ninguna otra parte del mundo, la costa acantilada, un mosaico de reflejos brillando hasta el horizonte. A medida que el avión pierde altura, el desierto pasa del marrón claro al verde seco, una mata al lado de la otra, neneos, calafates; hasta que vuela tan bajo que el viento y las turbinas aplastan los penachos de los coirones. Los oídos se destapan. El corazón empieza a acelerarse. Abajo la tierra corre cada vez con mayor velocidad. La sombra de las alas se dibuja sobre la pista. Contiene la respiración durante

unos segundos hasta que las ruedas, por fin, rebotan contra el asfalto.

Los demás pasajeros se desabrochan el cinturón de seguridad, abren los compartimentos donde guardaron el equipaje de mano, arman una fila desordenada. Él es el único que parece no tener apuro. Es que el abuelo no va a estar agitando su boina a un costado de la pista. Ni siquiera existe la lomada donde se paraba con el saco marrón y los tiradores, los pocos cabellos sacudidos por las ráfagas, una sonrisa que le llenaba la cara. Construyeron un edificio moderno y los familiares esperan detrás de un vidrio. Y aunque la fila de mujeres muy abrigadas, chicos maleducados y hombres con cara de dormidos empieza a moverse, él sigue sentado, quieto, juntando fuerzas para bajar.

Decirle a mamá que camine más rápido, correr con la bolsa azul que tenía bordadas, con hilo, sus iniciales; tropezarse en la escalerilla. Mamá acomodándose los anteojos de sol, gritando que cuidado que el viento no lo tire. El abuelo se metía en la pista y le decía bienvenido, lo alzaba en el aire. Los cerros a lo lejos; una vez, desde los brazos de ese hombre que olía un poco a tela recién lavada y otro poco a transpiración, vio una liebre que cruzaba el campo.

Pero ya no se baja por una escalerilla; hay una manga para ingresar al edificio. Cuando era chico odiaba esperar las valijas. Él llevaba todo lo que le importaba en su bolsa azul. La había hecho mamá, que se pasaba el verano sentada frente a la máquina de coser. Cosía y charlaba con la abuela, toda la tarde, mientras la abuela doblaba las hojas de parra de los niños envueltos, una por una, despacio, torcida en la silla de ruedas.

Con la descripción del contenido de su bolsa azul podría filmar su propio *Ciudadano Kane*.

Aprieta el botón para llamar un ascensor que antes no existía. Una señora y su marido, evidentemente lugareños, entran con él. Lo miran con desconfianza, aplastados contra el rincón de la botonera. Había logrado distraerse, pero ese gesto de la pareja lo incomoda. Es claro que por un tiempo va a tener que acostumbrarse a convivir con la culpa.

La sala de reclamo de equipaje está igual a como era hace veinte años. Un poco de pintura, una oficina nueva, la publicidad de un celular; el resto es casi idéntico. Se acomoda la mochila en el hombro y espera su valija parado al lado de la misma compuerta donde lo hacía junto al abuelo y a mamá, que contaba lo mucho que se había movido el avión, el calor insoportable que habían tenido que aguantar en Buenos Aires, que papá se había quedado trabajando, pobre, nunca puede tomarse vacaciones; y él cada vez más ansioso por salir de una vez por todas del aeropuerto.

La compuerta se abre con el mismo barullo a chapa oxidada; la cinta hace el chirrido que hacía siempre cuando empezaba a girar. Ya no se ven las manos que iban tirando las valijas desde atrás de una cortina de caucho. Apenas mamá señalaba las suyas, el abuelo las atrapaba. Mamá decía que era una locura cargar todo ese peso, pero el abuelo las arrastraba él solo hasta el auto.

Y ahora llega su Samsonite negra, con ruedas y un código anti robo. Le puso una calcomanía de *Star Wars* para reconocerla entre las demás. La hace rodar sobre el piso de goma, deja que la policía aeronáutica la controle en el scanner. Es el último obstáculo antes de sentir que la jaula se abre, que Buenos Aires quedó atrás y él es un caballo libre galopando por la estepa.

Afuera el viento sopla desde todos lados. Partículas de arena y polvo le pegan en la cara. Había que esperar un rato bajo la sombra de unos álamos que crecieron en diagonal. El abuelo llegaba manejando el Daihatsu, con ese ruido de ardilla lunática del motor. La abuela hundida en el asiento del acompañante. De eso también se acuerda mientras piensa cómo va a hacer para llegar hasta la casa: de la impresión que le daban las piernitas flacas de la abuela cuando él se acercaba para darle un beso.

Cáncer de intestino, estómago, ano. Alguna enfermedad desconocida. Un virus o algo peor. Le iban a hacer estudios y cuando hubiera un diagnóstico iba a ser sólo el comienzo.

Pruebas, pastillas, análisis de sangre. La verdad es que no tenía ganas de regalarles a los médicos el poco tiempo que le pudiera quedar de vida. La pregunta es si era necesario escaparse así. Martina no se lo va a perdonar jamás. Se acuerda de lo que le hizo y se empieza a comer las uñas. Tiene que olvidarse, pensar en otra cosa, poner la cabeza en el aquí y ahora. Hicieron barrios a los costados de la ruta, y en las laderas de los cerros, y la distancia desde el aeropuerto hasta el pueblo ya no parece tan larga. Casas a medio construir, más álamos inclinados. Botellas en un santuario a la difunta Correa, una madre que murió de sed en el desierto y el bebito sobrevivió amamantándose de un pecho de donde siguió brotando la leche, ¿sabías? Pero no. El remisero no sabía. Ni siquiera responde. Debe tener menos de veinte años, los brazos llenos de tatuajes. Escucha un programa de evangelistas que ofrecen sanación eterna en un local dentro de un shopping; sigue callado cuando él le pregunta cómo está económicamente la provincia, y cuando le comenta lo poco que cambió todo. El viejo galpón de materiales, los tanques de la petroquímica, la garita pintarrajeada. Un nudo en la garganta cuando reconoce la parte donde la ruta sube, se abre en dos, el cartel anuncia el desvío a San Benito. A lo lejos, la silueta del monstruo con su perfil de arcilla y roca, las copas de los eucaliptus del bulevar, el techo en punta y las paredes rosadas de la casa de los abuelos.

El remisero lo ayuda a sacar la valija del asiento de adelante, recibe los billetes con la palma hacia arriba. Vuelve a subirse al auto y acelera. Lo deja solo con la mochila colgando de un hombro, la valija junto a los pies, el motor del remis cada vez más lejano. Abre la verja y el hierro oxidado todavía suena como trompeta. Camina por el costado del terreno, rodeando la casa, hasta la puerta de la cocina. No está seguro de tener las llaves correctas. Las encontró en el cajón de la cómoda de mamá, cuando fue a desarmar el departamento. Las saca de la mochila y hace la prueba. La llave más chica entra pero no gira para ningún lado. Las otras dos ni siquiera entran. La casa es-

tuvo años alquilada, quizás cambiaron la cerradura. Mete la llave más al fondo. Va a ser difícil conseguir un cerrajero, probar que es el dueño de la propiedad; y además a quién le puede pedir ayuda si parece no haber nadie por ninguna parte.

Pero vino a empezar de nuevo y por eso insiste, intenta varias veces hasta que la puerta cede y se arrastra contra las baldosas de la cocina, tierra y madera seca, el ocre del anochecer sobre las bolsas de nylon con las que alguien cubrió los muebles.

Una mesa, dos sillas, la mesada de mármol. Polvo en cada rincón, sobre las bolsas, desparramado por el piso. Reconoce los cambios enseguida: el cuarto que ocupaba mamá está pintado de verde; al piso de la habitación de los abuelos le pusieron alfombra; desaparecieron el armario y las mesas de luz; alguien dejó un colchón apoyado contra la pared donde la abuela colgaba el rosario.

Cierra los ojos antes de entrar al último cuarto. El olor es el mismo. La textura del picaporte, el chirrido que hace al girar. Si fuera una película, del otro lado se encontraría a él a los once años. Lo primero que hacía ni bien bajaba del Daihatsu era buscar los regalos de bienvenida que el abuelo escondía debajo de las almohadas; pero ya no hay almohadas, tampoco hay cama, ni la cómoda donde guardaba las revistas Pato Donald, ni el cortinado que se movía como si flotara en el espacio. Su cuarto se convirtió en los restos de lo que parece haber sido un gimnasio: hay una barra pegada a la pared, y las siluetas de dos aparatos para hacer pesas quedaron grabadas en el empapelado. Pero su nombre sigue escrito en la madera del piso, justo en donde debería estar la cama. Lo cinceló con un cuchillo que trajo de la cocina, un domingo a la tarde, mientras todos hacían la sobremesa, y él pidió permiso para volver a su cuarto a imaginar cómo iba a ser su vida cuando fuera adulto.

Arrastrar el colchón por el pasillo. Mejor no pensar en la cantidad de bichos que debe estar aspirando. Se limpia los mocos con el dorso de la mano. Le pican los brazos; ya le pa-

rece sentir los ácaros subiéndole hasta la cara. Gira el colchón, logra que pase por la puerta. Lo apoya en el mismo lugar donde estaba la cama. Debería haber barrido, pero necesita descansar, si es posible también dormir, despertarse temprano a tomar mate frente a la ventana de la cocina. Se acuesta vestido, con las medias puestas, trata de borrar de su cabeza la idea de las patitas de los ácaros atravesando la tela. Transpiró demasiado. Es una transpiración espesa, y además se cansó más de lo habitual. Se toca la frente: quizás hasta tenga un poco de fiebre. Basta, tiene que tranquilizarse, sacarse el miedo (¿o es culpa?) de encima. Sin embargo no puede dejar de pensar. El percance que tuvo puede haber sido por las algas que pidió Martina en el coreano. Es muy posible que las algas le hayan hecho mal. No hay razón para suponer una enfermedad grave. Repite las máximas que usa en sus charlas: «reducir tu demanda interior, disminuir la velocidad de los movimientos, tomar el control del cuerpo». Si tiene el control puede contemplar, «sencillamente», les dice a sus clientes, el paso del tiempo.

Suficiente descanso. No va a poder dormirse tan fácil, así que mejor ponerse en movimiento. En el living hay bastante por hacer. Comprar sillón, televisor, ver si funciona la estufa. Los ventanales están atorados. Todavía no oscureció del todo. A esta hora a él le gustaba salir, pero hay un perro echado en la vereda del vecino. Es grande, peludo, negro. Nunca le gustaron los perros. Los gatos sí, pero a la noche le daban miedo. Los gatos que peleaban en el patio cuando todos dormían. Él se tapaba con las sábanas hasta la cabeza porque los maullidos parecían gritos de una posesión diabólica. Cuántas veces no aguantó y tuvo que correr a pedirle a mamá de dormir con ella. Sigue siendo el mismo cobarde, así que saldrá a la vereda cuando el perro se haya ido. De todos modos tiene mucho por delante. Prende las luces del living, el pasillo, las habitaciones. El interruptor de la luz de la cocina está cambiado de lugar. Revisa qué hay en la casa y qué falta con urgencia. Una lista de compras: arroz, fideos, té de tilo, algunas conservas. Por un tiempo evitará las verduras. De los ácaros se tendrá que ocupar mañana. Comprar un insecticida, una cama de dos plazas, un escritorio. Cena un sándwich de jamón y queso que le dieron en el avión. Tira el envoltorio en un balde que encuentra

bajo la mesada. Promete que mañana empezará su nueva vida.

El protagonista es un kamikaze japonés que, al momento de apuntar el avión contra el barco enemigo, comienza a recordar su vida. Los recuerdos pasan por su mente como si se tratara de una película. El primer día de clases, su casamiento, cuando debió ser operado de una apendicitis que lo dejó en el hospital más tiempo del que hubiera querido. Mientras se cuentan sus aventuras, narrar la época y describir los detalles de la vida de los kamikazes. Hechos reales con fantasía. Que los hechos reales sirvan para que el público aprenda historia.

La luz de la mañana. Tarda un rato en entender por qué está rodeado de tanta paz. Ocupó más de la mitad de su vida recordando el rayo que se filtra entre los postigos, las voces de mamá y de la abuela desde la cocina, el barullo de las caceras. Él se despertaba al mediodía. La abuela preparaba el almuerzo, mamá frente a la máquina de coser; en el patio trataban los jilgueros. Ahora la casa parece la sala de un museo al que le robaron los cuadros. Va a lamentarse otra vez, va a castigarse hundiendo la cabeza en un balde de melancolía. Es lo que hizo siempre: lamentarse. Pero hoy ya no quiere ser la misma persona. Movimiento. Resurrección. Dejar una huella antes de morir. ¿Cuánto le queda de vida? Es lo mismo si está enfermo o no. Volver a San Benito le hizo aprender la fugacidad del tiempo. Perdió sus mejores años enseñándoles a los demás cómo trascender, de qué manera alcanzar el éxito, las claves para destacarse. En eso consistía su trabajo: en arengar a los mediocres. Y sin embargo él, ¿qué?

Estira un brazo para agarrar el celular. Dos nuevos mensajes: ninguno de Martina.

Es una decisión que venía tomando sin darse cuenta. Siente que lo que pasó fue una trampa que él mismo se tendió para obligarse a accionar. Trascendencia. Esplendor. Aprovechará el tiempo que le quede para convertirse en el director de cine que siempre quiso ser. Escribirá el guion de su primera película. Deslumbramiento. Inspiración. Una placa con cada una de esas palabras. Ya se imagina lo que va a decir en las entrevistas: «una obra que corre el velo de las acciones que conforman el comportamiento mecanizado de la cotidianidad». Lo cotidiano, una de sus búsquedas. El primer paso será pensar una buena historia. Después se sentará a escribir. Cuando tenga todo listo habrá que buscar cámaras, locaciones, actores. Sonríe ilusionado. Partículas de polvo flotan en el cono de luz que proyectan los postigos. Su pequeña galaxia, los mismos planetas que imaginaba cuando era chico.